

Adiós a Galilea

e. a. r.

Los días inolvidables vividos en la pintoresca Galilea tocaban a su fin en una fresca mañana de marzo. Al celebrar aquella mañana la santa misa en el santuario transparente de las bienaventuranzas, tratábamos de imprimir en los ojos y en el alma este paisaje que se llevó al cielo en sus ojos y en su alma el Hijo de Dios.

La solemnidad con que San Lucas comienza a relatar la despedida de Jesús de estas costas sonrientes, expresan la emoción que debió sentir también el divino Maestro al dejar definitivamente su amada Galilea para dirigirse a su última carrera apostólica que debía terminar en Jerusalén con su pasión y su glorificación: 'Y sucedió, dice San Lucas (9,51), que al cumplirse los días de su ascensión, hizo firme propósito de encaminarse hacia Jerusalén'.

Esta trayectoria que estamos emprendiendo de Galilea a Judea, o sea de norte a sur de la Palestina, es el mismo histórico recorrido que hicieron hace muchos siglos Abraham y los primeros patriarcas cuando comenzaba a formarse el pueblo de Dios. En ese mismo sentido de norte a sur caminó la Virgen cuando "fue de prisa" a saludar a Elisabeth en las montañas de Judea, y en esa misma dirección caminaron San José y la Virgen cuando de Nazaret fueron a Belén a celebrar la navidad más grande de los tiempos y, más tarde, cuando iban con el Niño a la celebración de las pascuas. Y sobre todo, cuando para Jesús sonó la hora de su sacrificio y de su glorificación, así comenzó a cruzar la Patria de Dios, de Galilea hacia el sur.

Yo pretendía, en aquella mañana, víspera también de la semana santa que íbamos a celebrar en Jerusalén, sentir algo de aquellas divinas emociones del corazón de Cristo al abandonar para siempre estas playas mil veces amables.

Recorrimos otra vez la costa occidental del lago de norte a sur. Qué bien recuerdo aquellas lanchas que se balanceaban en la orilla del lago, mientras los pescadores remendaban sus redes y vendían el pescado cogido en la noche laboriosa; ni más ni menos, las mismas escenas que vieron Jesús y los apóstoles.

Adiós divino lago de Jesús. Al llegar a tí me parecías tan alegre porque tuviste la dicha de conocer a Jesús y gozar de sus predilecciones, pero hoy que debo alejarme de tí siento que eres más bien triste y me parece que tus aguas y tus sauces comprenden el cariño que te tuvo Jesús y que sigues esperando que un día regrese a tus playas como cuando volvía de sus correrías apostólicas. Y tienes el privilegio de contagiar, a todo el que te conoce, la alegría de haberte amado el Maestro y la tristeza de seguir esperándolo... Yo me imagino que San Pedro, allá en el esplendor de la capital romana, nunca olvidó la belleza del mar de Tiberiades, y cuando sellaba su amor a Jesús, murmurando en el circo de Nerón, debió sentir de nuevo el suave rumor de estas aguas donde Jesús le anunció el martirio. Al decir adiós a Galilea, un anciano compañero de la peregrinación, hizo esta nostálgica plegaria que me conmovió: "Yo pido a Dios que después de nuestra muerte, permita a nuestras almas volver a besar este suelo bendito".

Dejando a la izquierda el lago... cuyas aguas se encorvan al sur por el río Jordán, la carretera comienza a subir. Recuérdese que estamos a unos 200 metros bajo el nivel del Mediterráneo. Subimos otra vez a la llanura de Esdrelón, extensa, fértil, espléndida... Y otra vez comienzan a desfilarse en la ancha llanura los recuerdos bíblicos en torno de la majestad del monte Tabor.

Esta lenta majestad del Tabor se impone durante largo rato a pesar de la vertiginosa carrera del automóvil. También S. Pedro es aquí el intérprete de los peregrinos: "Señor, que bueno será estarnos aquí..." Aquí en esa cumbre escogida por Jesús para pena de su espléndida teofanía. Otra vez vemos Naím la aldea que presenció a Jesús cuando resucitaba al hijo de la viuda; otra vez Sulam la patria de la Sulamita de los cantares; de nuevo los trágicos montes de Gibeó. Y sobre todo aquellas colinas de Nazaret que ocultan la "Flor de la Galilea", la "Patria del Ave María", donde el Verbo se hizo carne y donde Jesús obrero enseñó la santidad del trabajo y del deber cumplido.

Dignas de mención por su trascendencia arqueológica, son las ruinas de la antiquísima ciudad de Meggido. Se ha comprobado por las modernas excavaciones que se trata de una ciudad fundada en el 5º milenio y extinguida hacia el 350 antes de Cristo; las civilizaciones cananea, kksos, egipcia, filisteas e israelita dejaron allí sus profundas huellas, admira la perfección de su sistema hidráulico y su caballería para más de 400 caballos. Los faraones vencieron allí a los reyes de Siria y Palestina. El libro de Josué (17:11) canta aquí una de sus victorias. El Rey Salomón fortificó esta ciudad y fue una de sus prefecturas (1 Reyes 4:2).

Apartándonos hacia la costa estamos cerca de Cesarea Marítima que Herodes el Grande embelleció en honor de César Augusto. El esplendor de este puerto superó a Jerusalén y llegó a ser sede de los procuradores romanos. San Pablo estuvo preso aquí a la orden del procurador (Act. 23:33). También la honraron con su predicación San Pedro (Act. 10:14) y el Diácono Felipe (Act. 8:40). El año 195 se celebró aquí el concilio que fijó el día domingo para celebrar la Pascua.

Y caminando siempre al sur, hemos llegado ya a la famosa llanura de Sarón. Modernos trabajos de irrigación le han devuelto su aspecto proverbial. Cuando pasábamos en medio de sus naranjales y sus hortalizas, yo pensaba en aquel esplendor del Carmelo y del Sarón que inmortalizó con su poesía el Profeta Isaías (36:2) y el Cantar de los Cantares (2,1).

Allá a la izquierda del Serón se ven ya las montañas de Samaria y al sur corre a desembocar al Mediterráneo el bíblico río Yaikón mencionado en el libro de Josué (19:46). Y 2 kilómetros más abajo terminamos nuestro recorrido. Estamos en el moderno puerto de Tel Aviv. Aquí finaliza la jornada inolvidable dejándonos en el espíritu la nostalgia de aquella risueña Galilea que no volveremos a ver... y la gran ilusión de que mañana cantaremos el clásico salmo de los peregrinos de Tierra Santa: "Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domo Domini ibimus..." Porque mañana iremos al corazón de la Tierra Prometida... mañana estaremos en Jerusalén!

Gomulka reconoce victoria de la Iglesia en Polonia

Mián, febrero 1 (NC). El comunismo perdió en Polonia la batalla contra la Iglesia, afirma un informe secreto el actual secretario del partido comunista polaco Windyslaw Gomulka. Corriere della Sera, importante diario independiente milanés, publicó extractos de dicho informe, que dice fué traído a Italia por el corresponsal del periódico en Varsovia Indro Montanelli.

Según parece, Gomulka presentó el informe al comité central del partido comunista polaco poco después de los cambios políticos de octubre de 1956.

Corriere della Sera dice que Gomulka atribuye el fracaso comunista a dos causas principales: la religiosidad del pueblo polaco y el